

Pierfranco Pellizzetti

# El fracaso de la indignación

Del malestar al conflicto



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Conflitto: L'Indignazione può davvero cambiare il mondo?*

Traducción de Alejandro Pradera Sánchez

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Lucía M. Diz

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Copyright © 2013, Codice edizioni, Torino  
© de la traducción: Alejandro Pradera Sánchez, 2019  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9181-523-5

Depósito legal: M. 9.684-2019

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

11	1. El punto arquimediano
37	2. El capitalismo de los <i>gatekeepers</i>
64	3. Apología del conflicto
89	4. El impacto posible
132	5. A modo de conclusión
153	Notas



*Hubo una lucha de clases, pero la clase obrera la perdió. La Internacional triunfa, pero es capitalista. [...] Los propios contestatarios, cuando hacen oír su voz, son prisioneros del mundo de las imágenes creado por la prodigiosa expansión de los medios y de la comunicación electrónica.*

Marc Augé, *Futuro*



# 1. El punto arquimediano

*Marx dice que las revoluciones son la locomotora de la historia universal. Pero es posible que las cosas sean muy distintas. Puede que las revoluciones sean el recurso al freno de emergencia por parte del género humano que viaja a bordo de ese tren.*

Walter Benjamin, en Christoph Türcke, *La società eccitata*, Turín, Bollati Boringhieri, 2012, p. 328.

## Desafío y respuesta, intercambio

Hay fechas que se convierten en metáforas de acontecimientos trascendentales: 1789, 1848, 1968. Lo mismo podría decirse de 2011.

El 3 de enero fallecía en un hospital de Túnez Mohamed Bouazizi, el vendedor ambulante que se había prendido fuego para protestar contra las humillaciones a las que le sometía el Gobierno de su país. Poco después, el 25 de enero, en la plaza Tahrir (plaza de la Liberación) de El Cairo, resonaba la consigna: «Túnez es la solución» (una paráfrasis no casual del eslogan «El islam es la solución»). Y el incendio siguió propagándose.

Así pues, aquel año fatídico coincidió en una gran parte del mundo con una ulterior aceleración de las insurgencias sociales. Desde el Madrid de los indigna-

dos, que protestaban contra las políticas de austeridad de una sola dirección que aplicaban los Estados afectados por la crisis de la deuda soberana, hasta Nueva York, donde el movimiento Occupy Wall Street promovía acciones simbólicas de una enorme visibilidad contra las fechorías de los denominados *masters of the universe* (los personajes de la cúspide de las instituciones financieras especulativas), la oposición a los efectos ruinosos de la mercantilización de todos los ámbitos de la vida humana, y el consiguiente rechazo de la avidez rapaz convertida en parte del sistema, e implícita en la ideología del «dinero que se reproduce por medio del dinero», se extendieron como un reguero de pólvora: se produjeron multitudinarias concentraciones en 950 ciudades de al menos 80 países. Una tendencia que todavía no tiene visos de detenerse. Como decía el *New York Times*, «fue la vuelta al escenario de la segunda superpotencia mundial»: la movilización de la sociedad civil a escala planetaria.

A pesar de todo, las lógicas que imperan en el mundo desde el último cuarto del siglo XX no han sufrido ni un rasguño; el antagonismo intrínseco a tales manifestaciones, presuntamente subversivas, quedó limitado a la dimensión estéril del simple acto testimonial. Políticamente inerte.

La constatación de esa insignificancia sustancial plantea un problema que cortocircuita las representaciones clásicas de la relación entre los movimientos y las instituciones; a saber, la idea de que el impacto de los primeros sobre las segundas necesariamente pro-

duce cambios. También, en este caso, se trata de un modelo consagrado como norma a raíz de las rupturas históricas que se han venido produciendo por lo menos a lo largo de los últimos cuatro siglos, en las que el término «revolución» asumía el significado de transformación radical, y que en el siglo XX se convertía en un metabolismo normal en el orden instaurado por el capitalismo en su fase industrial: la dinámica, canalizada a través de procedimientos institucionalizados, del conflicto entre el capital y los trabajadores.

Esa dinámica se articulaba en los procesos naturales del «desafío» y de la «respuesta», donde el impulso para superar los límites vigentes determinaba un impulso en sentido contrario, que tendía a absorber su fuerza, hasta alcanzar nuevos equilibrios; todo ello se traducía en concesiones de diferente naturaleza a los argumentos de los desafidores: integradoras, distributivas, compensatorias. Acaso también en cierta medida «gatopardescas», conforme a la inmortal sentencia del príncipe de Salina («que todo cambie para que no cambie nada»). En ese sentido, alguien nos ha recordado que:

el primer paso dado hacia la construcción del Estado del bienestar fue en la Alemania de Bismarck para cortarle las alas al creciente movimiento socialista<sup>1</sup>.

De esa forma se produjeron variaciones significativas en la estructuración del poder en sentido inclusivo y de ampliación de la ciudadanía, una vez comprobado que las recetas represivas, experimentadas durante

la primera mitad del siglo pasado con los distintos totalitarismos, habían resultado terriblemente costosas, aun antes que ineficaces.

La apoteosis de dicho proceso se dio en el periodo que los franceses llaman *les trente glorieuses*, es decir, el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, y que Eric Hobsbawm, el historiador británico recientemente fallecido, denominaba «la edad de oro»<sup>2</sup>, cuando se materializó el pacto keynesiano-fordista (el compromiso histórico entre la burguesía empresarial y las clases trabajadoras organizadas en sindicatos: la aceptación del capitalismo por las masas, a cambio de la tendencia hacia el pleno empleo), que quedó plasmado en las políticas de bienestar del Estado social. Según no pocos comentaristas, la más alta modalidad de convivencia jamás experimentada por la humanidad en su largo periplo histórico.

Así pues, se trataba de llegar a un nivel cada vez mayor de civismo como fruto directo del conflicto social, producto de un ejercicio efectivo, pero también como consecuencia de la voluntad de prevenirlo. Un conflicto que desembocaba en lo que eran unas conquistas democráticas obtenidas en el campo de batalla, y desde luego no benévolas concesiones.

Decíamos... unos desafíos y unas respuestas que tenían como requisito irrenunciable el perfil acreditado de actor significativo justamente de la parte desafiante, reconocido como tal en la medida en que era capaz de desencadenar una fuerza que, por prudencia, era mejor tener en cuenta, y cuyo reconocimiento se hacía visible ya a través de la constante ampliación de la base de los

que tenían derecho a participar en las decisiones públicas, un reconocimiento sancionado por la evolución de los sistemas electorales hacia el sufragio universal.

Según Alessandro Pizzorno, padre noble de la ciencia política italiana:

Preguntémonos por qué en un determinado momento histórico se planteó adoptar el sistema electoral (tras una tradición secular en la que, aunque en unidades políticas menores, el problema de la elección de los gobernantes se resolvía con elaboradas formas de sorteo, o de representación corporativa). Y, sobre todo, preguntémonos por qué en sus comienzos ese sistema fue propuesto [...] por unos grupos que, teniendo ya en sus manos el poder político, podían suponer que con ese método corrían el riesgo de perderlo [...]. Debemos concluir que el voto no se pensó como un instrumento para organizar un sistema eficiente –y en cualquier caso no tuvo ese efecto– y que como mucho sirvió para resolver situaciones de emergencia relacionadas con las amenazas a la paz social<sup>3</sup>.

En resumen, un intercambio de suma positiva, que surgía del equilibrio al que se había llegado en las relaciones de fuerza.

## El largo parón

La fisiología de la circulación arterial a base de diástole y sístole –es decir, el *input* y el *output* que alimentaban la sociedad a través de la relación de interdependencia diná-

mica entre los movimientos y las instituciones— sufrió una parada cardíaca a partir del último cuarto del siglo XX, y determinó su colapso como proceso político de cambio.

El sentido intrínseco de la inversión de la marcha—un hecho inusitado del que no existen precedentes— puede entenderse a la luz de lo que Christopher Lasch ha definido como «la rebelión de las élites»: el vuelco del sujeto que amenaza el orden y la cohesión sociales, que ya no está integrado por las «masas desfavorecidas», sino más bien por unas clases dirigentes que se comportan de una forma cada vez menos responsable respecto a las colectividades a las que gobiernan, y de las que están convencidas de que pueden prescindir, por considerarlas, justamente, insignificantes:

El rumbo general de la historia reciente —afirma Lasch— desde luego no va en la dirección de una disminución de las distinciones sociales, sino que se orienta de una forma cada vez más decidida hacia una sociedad bipolar en la que unos pocos privilegiados monopolizan las ventajas de la riqueza, de la educación y del poder<sup>4</sup>.

En sustancia, se trata de una contrarrevolución: de una vuelta a la subdivisión de la sociedad en castas, como inversión de las pluriseculares directrices de progreso hacia unos ordenamientos cada vez más democráticos, hacia unas sociedades cada vez más abiertas, en las modalidades de la que ya muchos definen como la guerra civil que libran las clases adineradas contra las clases no adineradas.

Dicho conflicto se ha mantenido oculto durante mucho tiempo, pero ya, tras las victoriosas campañas que culminaron en el desmantelamiento acelerado de buena parte de las conquistas de justicia y libertad logradas a lo largo del siglo XX (a consecuencia de la aparición de la línea Thatcher-Reagan, que impuso la *common neo-liberal trajectory* [‘trayectoria neoliberal común’] como ideología económica mundial), sus atacantes más protervos ni siquiera tienen el pudor de no mencionarlo: «Hay una lucha de clases, es cierto, pero la que está librando esta guerra es mi clase, la clase de los ricos, y la estamos ganando», declara Warren Buffet (el segundo o el tercer hombre más rico del mundo)<sup>5</sup>.

De ahí se desprende que –tras la estela de un Buffet, que de un plumazo liquida tantos discursos vanos sobre la superación de las divisiones sociales clásicas, en vista de que ya han quedado diluidas en el inmenso archipiélago de las clases medias– no estaría mal rehabilitar algunos conceptos como «clases» y «lucha de clases», que se habían archivado por obsoletos, con la diferencia de que habría que dar un vuelco a su valor, como ha subrayado el sociólogo Luciano Gallino al hablar de «lucha de clases después de la lucha de clases»:

La lucha de clases no ha cesado en absoluto. Si acaso, la lucha que se libraba desde abajo para mejorar el destino de los interesados ha dado paso a una lucha librada desde arriba para recuperar los privilegios, los beneficios, y sobre todo el poder que de alguna forma se habían ido erosionando a lo largo de los treinta años anteriores<sup>6</sup>.

Se trata justamente de un escenario de contrarrevolución desbocada, donde la acción de quienes se oponen a ella asume en mucha mayor medida unas connotaciones defensivas –al estilo de Walter Benjamin (el «freno de emergencia» de la humanidad, como afirma la cita de presentación del libro)–, más que las connotaciones triunfalistas del catecismo marxista. Una consideración metafórica que en cualquier caso se merece un comentario adicional: para poder hacer de verdad uso de ese freno es necesario tener acceso a la cabina del maquinista...

La explicación recurrente de la andadura del conflicto y de sus actuales vías de solución es que la protesta, encarnada por los movimientos sociales, ya no encuentra quien la defienda en la representación institucional de los partidos de la izquierda histórica, la cual tradicionalmente se identifica con la componente que defiende a los más débiles, a los sin poder.

Por consiguiente, se trata de una especie de traición (el paso al bando de los vencedores) que se ha formulado teóricamente en el oportunismo de las distintas terceras vías al estilo de Tony Blair o de Bill Clinton, repetidas hasta la saciedad durante las últimas décadas, donde el autoproclamado personal político progresista y demócrata básicamente se ha puesto al servicio de los señores de la globalización financiera, postulándose como candidatos para ejercer de capataces del consenso.

Como explicaba con su habitual vivacidad el historiador angloestadounidense Tony Judt:

En la primavera de 2001, durante un debate radiofónico de la BBC sobre las inminentes elecciones generales en Gran Bretaña, una joven periodista manifestaba sus frustraciones: «¿No os parece –preguntaba a sus colegas en el estudio– que no estamos ante una verdadera opción? Tony Blair cree en las privatizaciones, igual que Thatcher». «No exactamente –le contestó Charles Moore, director del periódico *Daily Telegraph* (conservador)–. Margaret Thatcher creía en las privatizaciones. A Tony Blair sencillamente le gustan los ricos»<sup>7</sup>.

Sin embargo, esa es una explicación que no aclara los motivos de fondo del cambio de actitud (vergonzoso, por qué no decirlo); ni tampoco del fácil éxito de los ejércitos reaccionarios que se lanzaron al ataque contra el orden del bienestar social. Se limita simplemente a registrar tautológicamente unos acontecimientos sobradamente conocidos, y a dejar constancia de que se ha producido una sumisión de lo político a lo económico.

## El triunfo de los denominados mercados

Si acaso, lo que habría que dejar claro es que dichos acontecimientos dependen estrechamente de la impotente sumisión de quienes siguen padeciendo los dictados de los sedicentes mercados (los sectores más débiles de la sociedad), sin estar mínimamente en condiciones de oponerse a ellos. Tanto es así que sus propios refe-

rentes políticos tradicionales –cuyos miembros son seleccionados cada vez más entre la turbia ralea de los «cínicos emprendedores de sí mismos»– han tomado nota inmediatamente de ello, desertando de las antiguas solidaridades, en la medida en que las consideran irremediablemente perdedoras. Y por eso ya no están en condiciones de garantizar éxitos electorales a los integrantes de las listas de sus partidos, unas asociaciones de las que, como primera consecuencia, dependían diversas ventajas profesionales, en función de la conquista de puestos de poder en los organigramas públicos.

Ese es el meollo de la cuestión, y de ahí debe arrancar cualquier ulterior razonamiento: ¿cómo es posible que las clases sociales penalizadas se hayan vuelto tan insignificantes, así como los intereses de que son portadoras? ¿Cómo ha podido producirse una marginación tal que les hace imposible elevarse al papel de antagonista, capaz de restablecer el equilibrio de las relaciones de fuerza en la arena política por medio del poder de los movimientos de masas? El número de los muchos como contrapeso de la riqueza de unos pocos, es decir, la esencia de la democracia moderna.

No hay más que constatar que sin esa tarea de restablecimiento del equilibrio los espíritus animales de la avidez acaparadora más desenfrenada lo inundan todo, desbordando cualquier límite, como ha venido ocurriendo puntualmente a partir de mediados de la década de 1970.

Dadme un punto de apoyo y...

Dos activistas estetizantes y con plena actualidad, Michel Hardt y Antonio Negri, se propusieron contarnos a su manera esa «inundación», tergiversando completamente los hechos objetivos, en un relato que tiene algo de consolatorio y algo de tomadura de pelo (¿inconsciente?).

En efecto, siempre según ellos, lo que ocurrió en los «campamentos» del Parque Zuccotti de Nueva York y la Puerta del Sol de Madrid –a la que hay que sumar la cairota plaza Tahrir para hacer bulto– habría generado una especie de «poder constituyente», con su correspondiente facultad de promulgar principios dotados nada menos que de relevancia constitucional. De modo que, convencidos de que eran (o jugando a ser) Thomas Jefferson en la Filadelfia del 4 de julio de 1776, ellos también redactaron una declaración de independencia:

En la convicción de que únicamente un proceso constituyente basado en los bienes comunes puede ofrecer una alternativa real, nosotros consideramos que las siguientes verdades son evidentes en sí mismas: no solo que todos los hombres son iguales, que han adquirido a través de la lucha política una serie de derechos inalienables, y que entre ellos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad, sino que también tienen derecho al libre acceso a los bienes comunes<sup>8</sup>.

Etcétera.

Al margen del énfasis y supuesta diversión por la mofa al estilo estudiantil de la venerable declaración original, el texto en cuestión es la enésima demostración de cómo el antiguo narcisismo antagonista declinado en las «potencias geométricas» de las multitudes (transferencia freudiana de las «autonomías» juveniles) provoca que se pierda el sentido de la realidad. A riesgo de repetirnos: a pesar de los indignados y ocupantes diversos, la financierización del mundo avanza impertérrita, mientras que las primaveras magrebíes refluyen en el otoño de la enésima restauración. Y en lo que respecta a la función «constituyente» de los «campamentos» idealizados por Hardt y Negri, no se señala nada que nos traslade al París del 23 de junio de 1789 y a su célebre asamblea. Aquí las plazas han cumplido una función sustancialmente declarativa, que no podía en absoluto convertirse en normativa mientras se mantuviera su condición de desarmada. Y llegados a este punto sería mejor dejar de bromear, y pasar al ingrato ejercicio de la reflexión desencantada.

La clave para revelar cómo es posible que haya tenido lugar esa marginación de la disidencia y de la protesta estructurada únicamente puede forjarse analizando la situación anterior, donde lo que Albert Otto Hirschman define como «la voz» condicionaba de una forma imprescindible las orientaciones sistémicas.

Nos referimos a la célebre teoría del gran sociólogo y economista de la Universidad de Princeton, que hace hincapié en las singulares simetrías entre un sistema de mercado y uno político, entre el comportamiento de un

cliente y el de un miembro del cuerpo electoral, unas simetrías que evidencian unas valoraciones y unas orientaciones de las que resultaría autolesivo prescindir:

Recurrir a la voz, en vez de a la salida<sup>9</sup>, significa, para el cliente o el miembro, intentar modificar las prácticas, las orientaciones y los productos. [...] Definiré como «voz» cualquier intento de modificar, en vez de eludir, un estado de cosas reprobable<sup>10</sup>.

Y a continuación añade: «La voz es la acción política por excelencia»<sup>11</sup>. Una tesis que ha vuelto a plantear con brutal franqueza Juan Carlos Monedero, de la Universidad Complutense de Madrid:

Solo cuando el poder ha tenido miedo ha tratado con respeto a los trabajadores, a los subalternos, a los de abajo. Así ha sido en la historia<sup>12</sup>.

Esa «voz» –la de la protesta bajo amenaza de defecación– se dejaba oír de una forma como poco estentórea en la época en la que los derechos generales iban consolidándose y el área de la ciudadanía se expandía constante (y, entre otras cosas, consolidando, en tanto que factor esencial de socialización, lo que Hirschman denomina «la lealtad frente al conjunto de la oferta, tanto económica como política», y que nosotros podríamos traducir, en el segundo ámbito, como «cohesión social»). Ahora, esa misma «voz» ha quedado silenciada, incluso cuando resuena con fuerza en las

plazas del mundo, y por consiguiente, ya no es capaz de producir los efectos esperados en la denominada «oferta». Porque ahora ya nadie ofrece nada.

He aquí la cuestión (dejando a un lado las coincidencias con el sector comercial, donde siguen prodiéndose las retóricas adulatorias y engañosas de la atención al cliente y del cliente rey en función de su propensión a comprar): la «voz» en política, entendida como reivindicaciones presentadas por los movimientos de la opinión pública disidente, ya no es capaz de generar cambios. Ya no tiene peso contractual. Como decíamos, se ha vuelto insignificante.

«Dadme un punto de apoyo y levantaré el mundo», anunciaba Arquímedes. El corazón del problema consiste en que los indignados de nuestro tiempo, a diferencia de sus predecesores, no consiguen encontrar ese «apoyo arquimediano». En política, el «apoyo» consistiría en un posicionamiento estratégico que posibilite las acciones que puedan producir impactos de desestabilización (o que amenacen de forma realista con la posibilidad de producirlos) sobre los ordenamientos dominantes, sobre los equilibrios de poder; la capacidad de incidir que garantiza al sujeto colectivo la asunción de un papel protagonista respecto a lo que el sociólogo Alain Touraine define como «el conflicto central», donde «el cambio se convierte en progreso»<sup>13</sup>, en conquista de democracia.

De manera que, a fin de comprender los cambios que se han producido –en la época en que parece haberse impuesto de un modo definitivo la prioridad de lo

económico frente a lo político en sus efectos de señoría— resulta oportuno analizar las dinámicas, igualmente prioritarias, relativas a la reproducción/reparto de la riqueza como fundamento del dominio; del poder de un grupo social restringido —las plutocracias financieras— que ejerce la hegemonía poniéndola al servicio de sus intereses.

Por consiguiente, cabe hablar de una transformación del sistema capitalista en un estado de financierización avanzada, de su *ubi consistam* ('dónde apoyarme'), en busca de las nuevas centralidades hacia las que orientar una acción colectiva capaz de incidir en un sentido democrático.

Teniendo bien claro, citando de nuevo a Touraine, que:

la democracia ya no se orienta hacia un futuro radiante, sino hacia la reconstrucción de un espacio personal de vida y de las mediaciones políticas y sociales que lo tutelan<sup>14</sup>.

## El conflicto central desaparecido

Lo que dejamos a nuestras espaldas es un capitalismo de base industrial, organizador por naturaleza, y como tal, naturalmente proclive a inducir y activar procesos ordenadores incluso en ámbitos ajenos a su campo directo de acción. Esos procesos impregnaban toda la estructura social, hasta el punto de que durante mu-